

LA BALSA DE LOS SUEÑOS¹ EN EL RÍO ATRATO

150 jóvenes de varios puntos (Mocoa, Antioquia, Nariño, Chocó, Buenaventura, Cundinamarca, Montes de María y otras regiones) llegamos a Turbo y otros a Quibdó para reunirse en Bojayá, un día antes del acto de perdón de las FARC ante las familias sobrevivientes de aquel aciago 2 de mayo de 2002. Estuvimos para ritualizar, para acompañar, para ver, oír y sentir la voz de estas comunidades que claman justicia. Para abrazar. Para estar con los niños mientras sus padres asistían al acto simbólico entre la insurgencia y la comunidad de Bojayá. Y jugar con ellos, sembrar sonrisas donde se ha querido imponer la soledad.

Bojayá queda a cuatro horas subiendo el Atrato. Se llega por mar a las bocas de Atrato que es donde desemboca el río para fundirse con el Atlántico y de ahí comienza una travesía por un río que parece una serpiente gigante circundada por espesa selva. Se podría decir que estos caudales de agua dulce son las venas abiertas de Colombia: por allí paso y sigue pasando el saqueo y la muerte que tanto enluta la vida de estos pueblos y que nos susurra como un mantra la necesidad de *oír ese río*.

ATRATO

¡Qué río! ¡Oh agua! ¡Ah selva! Que estremecimiento el que da navegar semejante hondura. De ahí que los conductores de lanchas provenientes de Turbo se sientan tan orgullosos de surcar este río sinuoso a velocidades ciudadinas. El nativo navega más calmo, boga callado, es su hábitat y lo recorre con respeto y conocimiento. Viven del río. Es el río el que conduce el tiempo, día a día, noche a noche. Los ve crecer desde niños, jugando, nadando, bogando. Se lo lleva y lo trae todo. Entonces desde Turbo salen los paisanos que van Atrato arriba. Van felices en la lancha hacia sus caseríos, sonrientes, comiendo, chacoteando, haciendo chistes, coqueteando, vacilando. Por eso digo que en Choco Son-Río.

Un poema tal vez refleje un pedazo de lo que se quiere retratar en este escrito:

¹ Nombre de la expedición de 150 jóvenes por el río acompañado a las comunidades del medio y bajo Atrato con lenguajes alternativos y en apoyo al acto de perdón en Bojayá.

Choco

Madrugan los pescadores

Las lavanderas con sus poncheras

El río con su rítmica

Todo suena. Sonríen los niños agua

Una mano negra es panga segura para atravesar río y ciénaga

Todo danza. El río presta su voz para que los hombres sepan decir su humor que no es negro sino azul.

En el aire circulan tonalidades indescifrables afinadas por un fuego secreto: la memoria vegetal.

Todo está hidratado por la candela. Inextinguibles llamas son estos espíritus. La gente de color.

Riosucio

Antes de Bojayá hicimos tres paradas: una en Bocas de Atrato, a comer pescado. Otra en Riosucio y la otra en Domingodo. Riosucio es un pueblo grande, primer puerto de los paramilitares que subieron a tomarse Bojayá en el 2002 y donde más comunidades negras e indígenas desplazaron. Y Domingodo es un corregimiento de Riosucio donde la gente vive como puede, sin presencia estatal, la única son unas casas que donaron a raíz de las inundaciones pero la gente no las habita por mal construidas. Lo que se nota en el Choco es que lo intervienen y lo intervienen pero sin considerar las particularidades de la vida allí ni las prácticas ancestrales de sus habitantes. Entonces esa intervención es como si quisieran, sobre todo desde Antioquia, colonizar no solo sus territorios sino sus hábitos, sus cuerpos y sus mentes. Indigna el complejo "hideputa", como decía Fernando González, de algunos chocoanos que se creen paisas, como si serlo fuera lo mejor del mundo, síntoma de colonialismo mental y de absurdo arribismo.

Llegamos a Riosucio después de navegar durante dos horas. Nuestro guía es un negro al que le dicen “el indio” o “indio”, porque uno de sus progenitores es indígena. Este amigo llamado Yeison Farith nos comparte su mirada sobre el proceso de paz que tanto ha de incidir en esta zona. Y lo expresa con dos frases claras: “A los de la Habana les digo que nos miren más a fondo”. Y para que haya paz, dice, “que se acabe *todo* el paramilitarismo”.

Domingodo es un pedazo de tierra fértil al lado del Atrato poblada por pescadores, agricultores y muchas mujeres grandes y bellas. Allí el río es ancho, de agua muy clara. Nos recibe Don Elmer, padre de Cindy y de Celia, dos jóvenes bailarinas y líderes en su comunidad. Con ellos dialogamos sobre la cotidianidad en esta zona, sobre las secuelas de la guerra y la coyuntura actual del proceso de paz. Aquí vale la pena citar la reflexión de Don Elmer: “Nosotros hemos sabido resistir a la guerra y ahora con este cuento de la paz toca trabajar duro. El Ejército ya se nos metió por acá y cree que todos los campesinos somos guerrilleros. Nos paran y nos requisan a toda hora. Y preguntan: ¿por qué se asustan? ¡Cómo quiere que no nos asustemos con ese montón de armas que andan! Están aprovechando lo del proceso de paz para meterse donde antes no podían y para intimidar a la gente. Así no puede haber ninguna paz”.

Esto es lo que dice Cindy, de 19 años: “no es posible que se quiera hacer resistencia sin creatividad, sin danza, sin nuestra cultura. Lo digo porque ha venido gente de Antioquia, mujeres del movimiento social y de la Marcha Patriótica a querer “orientar” a las mujeres de acá. Nosotras no le vamos a hacer caso a alguien que ni siquiera nos conoce ni vive con nosotras y aun así nos quiere dar órdenes”. Cindy sabe que la libertad de su pueblo se forja sin héroes ni mártires venidos de las ciudades cual salvadores de los “pobres chocoanos”.

Riosucio le muestra a uno de frente lo precoz que es hablar de “postconflicto”. Mientras el paramilitarismo no se desmonte es difícil hablar de paz. Y mucho menos de justicia. Este pueblo se lo toman los paramilitares antes de llegar a Bojaya y desplazan mucha gente, otra la desaparecen y a muchos los masacran. Entonces queda en el aire otro asunto que la aceleración forzada

del proceso de paz en La Habana no puede dejar así no más, y es la verdad. Que se le diga al país la verdad sobre los responsables directos e indirectos del destino trágico que ha tenido que asumir el pueblo chocoano. Y que se supere lo que Yeison Farith denomina como “la estigmatización sobre la juventud que por naturaleza es rebelde y quiere transformar”.

BOJAYA

Es 6 de diciembre y todo el pueblo se madruga para lo del acto de perdón como si fuera un domingo de ramos; como en el cuento de García Márquez se siente en el ambiente que *algo va a pasar*. Y es en el Bojaya viejo donde se realiza el acto de perdón. Allí quedaron la iglesia con el Cristo mutilado y algunos muros de las enmohecidas edificaciones. La gente madrugaba desde el nuevo Bellavista para coger una lancha que los cruce al otro lado, a su viejo pueblo. La mayoría mujeres y le siguen los adultos mayores de treinta años. Negros e indígenas. Todos como para un ritual de domingo.

Según cuentan el evento no dejó de tener su aspecto formal y burocrático, pero también su lado simbólico, histórico y, para muchos, sanador. Al menos no fue un espectáculo mediático y sí un mirarse a los ojos, re-conocerse en la historia del otro y dar un primer paso para la construcción de paz en los territorios. Desde la verdad. Y exigiendo, como lo hicieron el grupo de víctimas de Bojaya, “que los paramilitares y el ejército también pidan perdón. Porque tal vez los militares sean los primeros responsables en esta tragedia por permitir el ingreso masivo de paramilitares a esta zona.” Esto me lo dijo un joven de más de 24 años, pariente de muchas de las personas fallecidas dentro de la Iglesia.

Más tarde le pregunto a una de las mujeres sobre el significado del evento y me dice no sin escepticismo que “puede ser el primer paso para la reconciliación y la paz en nuestro pueblo”. Otra me dice: “es un momento histórico porque nos vamos a ver las caras y a tratar de perdonar. Eso es importante para que nuestros niños no crezcan con rencor”. En todo caso en el pueblo se respira un ambiente diferente. Desde la mañana la gente se dispuso, aunque no todos los que querían podían ingresar.

El señor Domingo madruga para este evento tan esperado, y más él que fue quien recogió todos los muertos y les compuso varias canciones como cantos para atravesar el río de la vida, homenaje al Hades para que reciba en su morada a los muertos. Son la voz de su comunidad llevada hasta el sentido trágico de la existencia: allí donde es posible sublimar el dolor y volverlo creación, magia, canto.

Pues Domingo con todo lo significativo que es en esta historia no pudo entrar porque la ONU, encargada de la logística, no lo dejó entrar: ¿motivo? No tenía cédula. El señor Domingo tranquilo se devuelve a buscarla, no la encuentra, y se queda sin asistir al acto. Esto indigna, porque da cuenta de cómo hasta el dolor lo tramitan fríamente, sin humanidad.

Bojaya es emblema de una eventual reconciliación en el país. Pero vale la pena preguntarse, como lo hace una de las hijas de Jorge Eliecer Gaitán, si en realidad ha habido alguna vez *conciliación* como para que hablemos de *reconciliación*. Bojaya es ejemplo de que no basta nombrar las intenciones de paz con palabras bonitas y ya cacofónicas, se requiere una solución efectiva a las causas estructurales que generaron la guerra. Y esa solución se construye con la comunidad.

Otras voces insisten en la importancia del perdón pero no como espectáculo ni mera formalidad, sino como un avance significativo para el proceso de paz. Manifiestan con sus palabras lo que la prensa ya ha dicho en varios escenarios: “el gobierno no puede seguir imponiendo negociar como si no hubiera guerra y seguir combatiendo como si no hubiese negociaciones” (Lemoine, 2015)². Esto porque “el ejército y la policía intimida a la población como si fuera guerrillera y el proceso de paz dizque avanza pero nosotros no sentimos que la solución sea solamente que la guerrilla se desmovilice”. Esto me lo dijo un poblador joven de Riosucio quien me dijo que no citara su nombre.

² Lemoine, M. (Diciembre de 2015). ¿Quién le teme a la verdad en Colombia? *Le Monde Diplomatique*, págs. 4-6.

